

XIV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

XIV Domingo del Tiempo Ordinario

Ez 2, 2-5; Sal 122; 2Co 12, 7-10; Mc 6, 1-6

Jesús salió de allí y se dirigió a su pueblo, seguido de sus discípulos. Cuando llegó el sábado, comenzó a enseñar en la sinagoga, y la multitud que lo escuchaba estaba asombrada y decía: "¿De dónde saca todo esto? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada y esos grandes milagros que se realizan por sus manos? ¿No es acaso el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿Y sus hermanas no viven aquí entre nosotros?". Y Jesús era para ellos un motivo de tropiezo. Por eso les dijo: "Un profeta es despreciado solamente en su pueblo, en su familia y en su casa". Y no pudo hacer allí ningún milagro, fuera de curar a unos pocos enfermos, imponiéndoles las manos. Y él se asombraba de su falta de fe.

Proseguimos con las lecturas del tiempo ordinario, las cuales nos ayudan a vivir como creyentes la vida cristiana, porque no solamente estamos llamados a decir que se es creyente, sino a ser otros Cristo siempre y cuando en nuestras actitudes en la vida diaria se manifiesta que buscamos configurarnos con Cristo. Al respecto nos dice el Beato Juan Pablo II: «... "Tenemos que comprender que nuestro bien más grande es la unión de nuestra voluntad con la voluntad de nuestro Padre celestial, pues sólo así podemos recibir todo su amor, que nos lleva a la salvación y a la plenitud de la vida...» (Juan Pablo II, Catequesis Salmo 142, 9 de julio de 2003).

La vida del profeta Ezequiel a quien hoy la liturgia propone leer es un ejemplo de este hecho, en breves líneas el autor sagrado quiere sintetizar y presentar la razón por la cual es llamado un profeta por parte de Dios. Comentando la primera lectura, podemos decir que la vida de los profetas según el Antiguo Testamento se presenta frecuentemente como signo de contradicción. Los profetas son objeto constante de escándalo, juicio y desprecio por parte de su propio pueblo, porque en torno al profeta estará un pueblo obstinado y pecador, que al ser puesto frente a la verdad de la vida sin sentido que lleva se escandaliza y juzga, porque no acepta su debilidad y pecado. Así el Beato Juan Pablo II dice: «... Es sabido que fueron los diversos pecados del pueblo elegido -y sobre todo las frecuentes infidelidades relacionadas con el culto al Dios uno, esto es, las varias formas de idolatría- los que ofrecieron a los Profetas la oportunidad para las enunciaciones dichas...» (Juan

Pablo II, Catequesis La Significación esponsal del cuerpo y la condición de la Alianza, 12 de enero de 1983).

Es importante exponer brevemente la figura o el sentido de la profecía en la Iglesia, pues se puede pensar que este don de Dios ya está extinto en ella. Quizá el sentido de profecía que presentaba el Antiguo Testamento ya no es el mismo en la Iglesia de nuestros días, pero la profecía en el Antiguo Testamento no sólo indicaba o anunciaba lo que Dios iba a cumplir. El profeta es una persona que ha sido elegida para una misión, la cual muchas veces se rehusará a aceptar, pero que finalmente acogerá con obediencia. En realidad el verdadero profeta o elegido de Dios (en el sentido cristiano actual) es un hombre elegido para comunicar una verdad que no es la suya, sino que pertenece a Aquel que lo ha elegido y lo ha enviado.

En este sentido el Papa Benedicto XVI dice: «... El "profeta" primero escucha y contempla, luego habla, dejándose penetrar totalmente por ese amor por Dios que no tiene miedo de nada y que es más fuerte que la muerte (...) El auténtico profeta no se preocupa tanto de hacer obras, algo sin duda importante, pero nunca esencial, se esfuerza sobre todo por ser testigo del amor de Dios, tratando de vivirlo entre las realidades del mundo, aunque su presencia pueda resultar en ocasiones "incómoda", pues ofrece y encarna valores alternativos...» (Benedicto XVI, Discurso a la Unión Internacional de las Superiores Generales, 7 de mayo de 2007). Pero también tenemos como San Pablo señala en sus cartas, lo que caracteriza a los falsos profetas: quienes supuestamente en nombre de Dios enseñan doctrinas equivocadas y se erigen a sí mismos como profetas y guías de un pueblo. El falso profeta recibe en este mundo su paga ya que quizá de manera inmediata obtenga el agradecimiento de sus oyentes, sin embargo, no llevará a los hombres a adherirse a Dios de corazón. ¿Cómo podemos distinguir entre un verdadero profeta y uno falso? Expuesto de una manera sencilla y recogiendo lo que dice la primera lectura de Ezequiel y el Evangelio, el verdadero profeta de Dios siempre será un signo de contradicción para sus oyentes pues su misión y la razón de su elección estarán marcadas por hacer una llamada constante a sus oyentes a vivir fieles a la Alianza con Dios, a vivir una fidelidad que surja de lo más profundo del corazón.

El profeta Ezequiel, en el capítulo 11 de su libro ha proclamado estas palabras: "Yo les daré un corazón nuevo y pondré en ellos un espíritu nuevo: quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, para que caminen según mis preceptos, observen mis normas y las pongan en práctica, y así sean mi pueblo y yo sea su Dios" (Ez 11, 19-20). La humanidad está destinada a renacer a una nueva alianza. El primer símbolo es el del "corazón" que, en el lenguaje bíblico, remite a la interioridad, lo más profundo del hombre.

Ante estas lecturas, la Iglesia nos está animando a todos nosotros a que no dudemos que Dios, a través del Bautismo, nos ha hecho miembros de su pueblo sin hacer acepción de nuestra procedencia, según la vocación particular a la cual nos ha llamado (la vida matrimonial o a la vida consagrada) Nos ha elegido por el Bautismo a participar de la triple función o ministerio de Cristo por la cual estamos llamados a ser en este mundo: "sacerdotes, profetas y reyes." (can. 204), sabiendo que esta gracia viene de Dios y no de la carne y de la sangre.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar